

¿DÓNDE ESTABAS TÚ?

Ignacio Sánchez Urdaneta

Para Jesús Urdaneta, entrañablemente, *in memoriam*

—Me voy al pueblo, hoy es mi día, voy alegrar toda el alma mía— escuché a Bartolomé cantar cuando entré a la quinta Santa Elena. El olor a humedad, la brisa turbia que traía el café de las cuatro, me hizo recordar una vida. Una vida que terminó por no existir. Entré a la sala iluminada por el patio. Habían cambiado la composición, pero los elementos insistían en ser los mismos.

—¿Benny Moré? — le pregunté a mi abuelo. Tímidamente sacó la lengua para hidratar sus labios mientras los tornaba para adentro.

—Ya tú sabes...tremendo cubano... ¡y negro! — La oración se me hizo interminable. Sentí como si me hubiera pasado la estación, me fui más allá del destino y no hay trenes de vuelta. Miré con desilusión sus ojos secos, sus movimientos robóticos, la voz apaciguada que reclamaba mi ausencia. Pensé que me preguntaría cómo encuentro a Caracas, o tal vez, sobre qué pensaba sobre este o aquel político; nada que ver, se quedó callado. Me sentí como un huevón, como el carajito que hizo la tarea que no había que hacer. Perdí el discurso que había preparado, unas palabras que solo serían preludeo



para que me echara el cuento: los cuentos de siempre. Cuentos que a pesar de todo encuentro entretenidos, así pueda recitarlos como los poemas cursis que aprendí en bachillerato (o como las piezas en guitarra del Rodrigo Riera escritas en sus años neoyorquinos.)

—Bendición— le susurré a María Mercedes mientras entraba a la sala y se sentaba en el puesto de mi abuela. Mechi me respondió sonriendo con la mirada al suelo.

—Lástima lo de los cubanos— mi tía articulaba cada sílaba para ser considerada con el medio sordo.

—Se quedaron estancados, tan linda que era la Hava—mi abuelo la interrumpió— Claro, como los tiene Estados Unidos. Igualito tienen a Venezuela desde esta Junta Militar de gobierno. ¡Mira, llevándose todo! Ni un centavo para los venezolanos.



Patio de una casa de Caracas

La luz entrante saturó mi visión, la terraza se volvió gigante, entré al patio de mi abuelo paterno en Carora. Por supuesto, hacía un calor inamable: la miseria de vivir en



una playa sin costa, pero con cielos claros y crepúsculos inimaginables, como si su situación de *trade-off* fuera producto de juego infantil de adolescentes (*¿ki prifiris?*) buscando crear controversias, no hay mar ni aguas para compensar la sequía y el sudor. Al menos, para apaciguar mi entrada al interior, la sombra del samán que plantó mi abuela, (esa quien se fue antes de que la de Santa Elena cerrara su estación de chismes familiares para sustituir sus palabras en instancias del recuerdo de resentir a unos políticos que destruyeron su vejez) ofrecía una sombra para arroparse de las perforaciones del sol intenso. La fragancia de las orquídeas atadas al samán me hizo pensar que podría ser mayo y que alguien todavía las estaría cuidando. Miré a mi alrededor y detuve mi mirada en el Ávila, se pintó de escarlata mientras me chocó una brisa en la cara. Contemplé a Caracas desde la montaña, la brisa, ahora más fuerte. Una sirena de vientos me susurra al oído, suenan sórdidos silbidos suavemente sucumbiendo mis sentidos. El sonido, una nota pedal en Mahler, una onda de infinitos compases que oscila para levitar mi juicio. La solemnidad perene, también la imposibilidad de resolución. Empezaron a juntarse como hormigas unas patrullas negras sobre el paisaje hasta llegar a mis pies. Mi corazón se hace escuchar en mis oídos, la sangre tamborea mis tímpanos, las hormigas me tapan la cara. La brisa se hizo más fuerte. Desperté.

Puse los pies sobre el parqué para bajar la ventana. Tomé *Escrito de memoria* de Vallenilla Lanz (hijo) y salí hacia la cocina como pisando arena fría y mojada. Terminé por prender la luz y poner la greca a hervir. El sol empezaba a asomarse en las ventanas de los edificios. Mientras la greca tardaba en dar café, tomé agua en la taza que me traje de Santa Elena. —Qué vuelta mierda está—, pensé mientras encontraba mi cara infantil, al menos peinada, en el grabado. Solté un brinco hacia la cocina para apagar el fuego, la greca empezaba a escupir café. La brisa entrante hacía *staccatos* en las llamas, su desaparición dejaba apreciar la nota pedal que hacía el viento al rozar sobre los ladillos. Me senté cerca de la ventana a sorber y contemplar la inmortalidad que ofrece el final de



la madrugada. —Qué paja el pueblo, Benny, las patrias son ficciones—, pensé mientras ponía una antología de Moré en mis audífonos.

Abrí el libro sepia con cuidado de no terminar de romper la espina. Noventaicinco, “de regreso a París encontramos noticias de Venezuela. Ha fracasado un movimiento revolucionario encabezado por el General Román Delgado Chalbaud.” —*¿Dónde? ¿¡Dónde-etaba-tú!?* / *¿Y a ti qué te importa?* — invade la interlocución de Benny. “Entre los muertos se encuentra el propio Delgado Chalbaud y el joven Armando Zuloaga Blanco, a quien yo había visto en París, poco antes de salir de veraneo. Conocía bien a este último.” —*¿Dónde? ¿Dónde-etaba-tú? / Ya no me preguntes más—*. Las trompetas repiten un motivo cromático acelerado. Noventaísiete, “el General Gómez es invencible, inmortal. En cuanto a [quien se oponga al tirano], morirá seguramente desterrado en Estados Unidos.”

Bajé las escaleras y entré al bar. No me pidieron el ID. Ya eran más de las 6 pm, pensé que estaría tarde pero no había llegado nadie. Me senté en una de las mesas de madera arrinconadas al fondo mientras esperaba. En cierto momento de incomodidad, recordé las mesas abiertas de El León, ese olor a tequeños con birra. Qué bolas todo lo que pasa por ahí y uno ni se imagina ¡De bolas que Rebolledo lo tenía que immortalizar! Recordé en el epígrafe del primer poemario del entrañable Eizmendi. “¿Qué más primo?” Corina traía una cerveza en la mano. Dejamos las birras sobre la mesa para salir a fumar. (Ni de vaina haría eso en El León.)

Dejé el yesquero en la casa y Corina olvidó el suyo.



—Hey, excuse me, can I borrow your lighter?

—Yeah sure man, no problem. There you go.

—Thanks.

—So... I heard you speaking Spanish, Spanish no? Inside, I mean. I did a semester abroad in Barcelona. Are you guys from Spain or Argentina?

Me desconecté. El interés que me causaba la curiosidad americana por la hispanidad terminó por ser un yugo, un estigma en la cara. En la esquina del pórtico, una pantalla paría las noticias, el audio era indistinguible. Aspiré. Alcancé a leer el cintillo. "BREAKING NEWS" "U.S. TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA." "AFTER HOURS OF— ¿Qué coño? "BREAKING NEWS" "U.S. TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA." "AFTER HOURS OF COMBAT, U.S. TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA." "BREAKING NEWS." La pantalla no para su maldito cinetismo. "U.S. TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA." "BREAKING NEWS" "U.S. TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA." Reviso el teléfono. Los mensajes de WhatsApp no están llegando. Escribo en todos los grupos. Nada llega. "BREAKING NEWS." ¿Habrán cortado la luz? En las protestas no llegaban los mensajes. Tal vez el sistema colapsó con tanta gente histérica. "AFTER HOURS OF COMBAT U.S TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA." ¿Qué coño está pasando? "BREAKING NEWS" "U.S. TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA." ¿Quién está montado en este peo? "AFTER HOURS OF COMBAT U.S TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA." BREAKING NEWS. Mierda. Mierda, mierda, mierda, mierda, ¿habrán lanzado una bomba en Forte Tiuna? AFTER HOURS OF COMBAT U.S TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA." "BREAKING NEWS." Tengo que irme. "BREAKING NEWS" "U.S. TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA." ¿Por qué nadie me avisó, ni siquiera una puya? BREAKING NEWS Podría haber avisado para que salieran. "AFTER HOURS OF COMBAT U.S TROOPS RESTORE DEMOCRACY IN VENEZUELA" Sal. Sal, sal, sal.



Corrí hacia Central Park. Salí escapándome de las hormigas que me amenazaban con la intención de ofuscar mi visión. Mis ojos estaban aguados, no alcancé a distinguir si se trataba de los efectos de la brisa. Al fin, el parque. En la vía el aviso digital del tren declaraba que "DUE TO CONSTRUCTION WORK C TRAINS WILL NOT BE STOPPING AT THIS STATION." Alcancé a sentarme en un banco para terminar por pasarme al suelo frío. El teléfono vibraba como una chicharra. No vale la pena— pensé. Levanté la cara para afrontar al Upper West Side. Los pent-houses me juzgan de arriba para abajo. La grama y la roca me plantaron en las colinas afuera de la quinta Santa Elena. En un milisegundo, me vi mirando desde la terraza a la Caracas de abajo.

Si Zuloaga Anzola está metido en este peo de la transición, estoy montadísimo. Con estas credenciales, estaría en las primeras catapultas que apuntan al último piso de las oficinas de Parque Central. Allí sostendría mi orgullo sobre un monumento de cemento, como cuando de niño me subía a los camiones de la fábrica de mi abuelo y miraba el valle que acompañaba al Río Turbio. Me miran de arriba para abajo los edificios, me miran de arriba para abajo los transeúntes. "*Li pitria is ina fictiin,*" —estoy lleno de mierda— pienso.

Las luciérnagas empiezan a aparearse. Sus bombillos intermitentes, un instante de seducción cual foto pasajera en Instagram, una muestra de aptitud reproductiva, crear y cesar. ¿Dónde he estado yo? Metido un Partenón de marfil, dándome golpes al pecho para reclamar ser el soberano de una ficción. Por desgracia, no todas mis cavilaciones son tan útiles (lo dijo Bioy Casares primero): las hormigas, las patrullas, las rememoraciones, siempre terminan por alcanzarme. Mi visión se nubla, dejo de ver las lámparas de colores del atardecer. Los insectos negros se sincopan entre mis dos ojos, la grama acaricia mi cabeza como un saxo de Getatchew Mekurya. A desconectarse.



